¡FLOR DE UN DÍA!

DRAMA ORIGINAL

EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

de

Francisco Camprodón



BIBLIOTECA TEATRAL

¡FLOR DE UN DÍA!

DRAMA ORIGINAL

EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

de

Francisco Camprodón

Al Sr. Don José Safónt

Como prenda de cariño de su afectísimo sobrino

F. CAMPRODÓN

PUBLICACIONES RAFOLS
Barcelona - Paseo de Gracia, 119

REPARTO

El Barón de Espinosa, de 65 años . .	D. A. de Guzman.
Lola, su hija.	D.ª T. Lamadrid.
Juana, aya de Lola	D.ª C. Samaniego.
Don Diego Carvajal	D. José Valero.
Juan (negro), criado de Diego. . . .	D. José Calvo.
El Marqués de Montero	D. M. Ossorio.
El Capitán de un buque	D. Lázaro Pérez.
Cisneros. . . . . } Caballeros	D. Calixto Boldun.
Aguilar . . . . . } Caballeros	D. B. Llorens.
Mendoza. . . . . } Caballeros	D. A. Alverá.
Ruiz . . . . . . } Caballeros	D. Juan Fabián.

Caballeros y señoras. — Un criado.

PROLOGO

El teatro representa una sala en casa del Barón de Espinosa. Puerta en el centro que comunica con el exterior. El Barón está sentado en un sillón, apoyado en su bastón; Lola copiando un paisaje en una mesa de estudio que vendrá terciado a la derecha del espectador.

ESCENA PRIMERA

EL BARÓN y LOLA

LOLA Bello país debe ser
el de América, papá.
BARÓN ¿Te gustaría ir allá?
LOLA Tendría mucho placer:
no me canso de admirar
esos árboles gigantes,
que parecen arrogantes
las nubes desafiar..
¿Aquí no los hay, verdad,
de esos inmensos tamaños?
BARÓN Esos cuentan tantos años
como la tierra de edad.
Arboles plantados son
por la mano de Dios mismo,
y páginas del bautismo
guardan de la creación.
En mi juventud vi yo
aquellos bosques cubiertos
en cuyos senos desiertos
jamás el sol penetró;
donde los humildes tilos

con los sehivos se enlazan,
y en sus cóncavos se cazan
panteras y cocodrilos.

LOLA ¡Ay qué miedo! Y te atrevías...

BARÓN A qué, ¿a cazar? No, hija, no,
jamás antojo me dió
de ir a tales cacerías:
es cosa muy indiscreta,
y en esa caza atrevida
cuesta al cazador la vida
la falta de su escopeta.
El que tenía locura
era el padre de don Diego;
¡oh! cuando él hacía fuego
era cabeza segura.
No, y a corazón entero
el hijo no le va en zaga,
y que él te quiere me halaga,
porque es todo un caballero.
A galante y generoso
nadie le gana: de fijo,
será para mí un buen hijo
y para ti un buen esposo.
¿Verdad que le querrás mucho?

LOLA ¿No lo dice, padre mío,
el amante desvarío
con que extasiada le escucho?
Hallo en su voz cierto son
de ternura y sentimiento,
que hace vibrar con su acento
las fibras del corazón.
Su presencia me domina
y me miro extasiada
en su fogosa mirada
que me absorbe y me fascina;
y al oirle enamorado,
me dice, padre, mi anhelo,
que hay en este mundo un cielo
cuando le tengo a mi lado.

BARÓN Es natural, hija mía.
Es tu primera impresión:
quiera Dios que esta ilusión
te dure hasta el postrer día;
y en sueño tan seductor
nunca el mundo te despierte,

y halles, hermosa, en tu muerte
una lágrima de amor.
¡Qué cosa tan deliciosa
fuera, Lola, la existencia
si durara la vehemencia
de esa pasión tan hermosa!
Mas ya que Dios no lo quiso,
bendigamos su cuidado,
pues dejóle al desterrado
una hoja del paraíso.

LOLA ¿Crees pueda apagarse
esta pasión algún día?

BARÓN Puede muy bien, hija mía,
si nò extinguirse, olvidarse.
¿Has visto la tempestad
tronchar robles en el monte,
y cubrir el horizonte
con su densa obscuridad;
y las aguas del torrente
inundando la llanura;
y al otro día fulgura
la luz de un sol refulgente?
En el perdido sembrado
se siembra el año que viene
y todo en el mundo tiene
su declive prefijado;
mas si de un amor feliz
el recuerdo nos aqueja,
aunque se olvida, nos deja
siempre alguna cicatriz;
y cuando tras largos años
en ella el dedo se esconde,
esa cicatriz responde
con sentimientos extraños.
Se siente un algo perdido;
un algo que ya no se halla
y es el alma que batalla
entre recuerdos y olvidos;
y aquel recuerdo sagrado
es la lámpara escondida
que ilumina el alma herida
con la luz de un bien pasado.
Si de ese amor que es tu bien,
sabes guardar la ilusión,
en tu propio corazón

hallarás, Lola, un edén.
Mas si esa ilusión se trunca,
busca en el olvido calma,
porque las flores del alma,
si se van no vuelven nunca.

LOLA Hoy que me ves tan dichosa,
¿por qué me afliges, papá?
¿Crees que no durará
esta ilusión tan hermosa?

BARÓN Hoy que eres feliz, querida,
aunque a tu gusto no cuadre,
debe enseñarte tu padre
los abrojos de la vida.
Y yo que ya me encamino
de mi existencia al ocaso,
quiero enseñarte el mal paso
que hay quizá en tu camino.
Si tu corazón es fiel
de Diego al amor profundo,
ámale, Lola, y el mundo
concéntralo siempre en él. *(Levantándose.)*
Hay algunas almas bellas
que quieren una vez sola:
no lo olvides nunca, Lola,
la de Diego es una de ellas.
(Vase el Barón por la puerta interior.)

ESCENA II

LOLA

LOLA ¿Por qué se ha de apagar? ¿Acaso el cielo
ha arrojado la flor de los amores,
como un triste presagio de congoja
y amargo desconsuelo,
para verle morir hoja tras hoja,
cual pobre adelfa que ha tirado el hielo?
Este latir del corazón amante,
que dilata su fibra estremecida,
no dice, palpitante,
que es este amor el fuego de la vida?
El sol del firmamento,
cuando inunda de luz el alma mía.
no dice, acaso, con brillante acento,
que entre el amor y el cielo hay simpatía?

ESCENA III

LOLA y JUANA

JUANA (*Saliendo con un rollo de dibujos en la mano.*)
Señorita.
LOLA ¿Qué hay?
JUANA El negro,
que es de don Diego el criado,
estos dibujos me ha dado.
LOLA (*Tomándolos y dejándolos sobre la mesa.*)
¿Está aún aquí?
JUANA Sí.
LOLA Me alegro,
quiere tanto a su señor...
JUANA Y en estando enamorada
nada satisface... nada...
LOLA Como hablar de nuestro amor,
Juana, ¿no te alegras tú
de que Diego me ame así?
JUANA Más que si me diera a mí
todo el oro del Perú.
Al mirar la dicha escrita
en esos ojos tan bellos,
¿queréis que no goce en ellos
quien os crió, señorita?
LOLA Por eso te lo pregunto,
porque con tu mimo cuento.
Haz que entre Juan al momento.
JUANA Voy, señora, voy al punto.

ESCENA IV

JUAN y LOLA

JUAN Buenos días, señorita.
LOLA Adiós, Juan; ¿y mi Diego?
JUAN Me ha dicho que vendrá luego
a ponerse a vuestros pies.
LOLA En lo galante y cumplido
con que traes el recado,
pronto conocer es dado
el amo tuyo quien es.

JUAN Mi amo, señora, es un ángel
con toda el alma de un bravo.
LOLA Dime, Juan, ¿eres su esclavo?
JUAN No los tiene mi señor;
pero por él, sin pensarlo,
hasta la vida daría:
le quiero por su hidalguía,
le adoro por su valor.
LOLA ¿Hace mucho que le sirves?
JUAN Si mi memoria no miente,
cuatro años precisamente
cumplen en el día de hoy.
LOLA ¿Quieres contarme tu historia?
JUAN Si me lo mandáis, señora.
LOLA No mando, suplico ahora.
JUAN Pues a complaceros voy.
El color de mi cara
os dará a conocer, que fué, señora,
el blanco sol del Africa mi cuna;
y del desierto en la tostada arena
me arrojó la fortuna,
por suerte, del esclavo la cadena.
Un hijo que tenía
de diez años de edad, también esclavo,
mi destino seguía,
y atravesando el férvido Oceano,
vendióse nuestra sangre y nuestra vida
a la sorda avidez de un castellano.
De la América ardiente
rociamos las fértiles llanuras
con el servil sudor de nuestra frente;
y trabajando allí sin esperanza,
del látigo al crujido,
sólo soñaba el alma en la venganza
digna del hombre de color vendido.
Un día en el trabajo,
corriendo tras ligera mariposa
alegre el hijo mío, se distrajo,
y un blanco capataz, con saña fiera
le cruzó con el látigo la cara:
mi corazón se altera
al recordar la sangre que brotara;
tiré con mano ruda
el hacha con tal ira a su cabeza,
que si le acierto a dar, salta, sin duda.

como en manos de un niño una cereza.
Frustróse mi venganza,
y huyendo del castigo a la tortura,
cogí a mi herido hijo,
y vagando sin tino,
eché a correr del monte a la espesura,
sin más guía que Dios en mi camino.
De cansancio rendido,
corrí la noche entera,
sin escuchar, señora, más ruido
que el salvaje rugir de la pantera,
y en cuanto amanecía
más el rugido aquel se aproximaba:
mi pecho de terror se estremecía;
la sangre al escucharlo se me helaba,
y comprendí, por desgracia mía,
que la fiera mis pasos rastreaba.
Sin armas yo para luchar con ella
y abrumado del peso de mi hijo,
pensé rendirme a mi maldita estrella,
y tras mi infausta suerte
terminar mis angustias con la muerte.
Sentíala moverse en el follaje,
cuando escuché a mi espalda un caballero
exclamar: «¡Qué brava es! Llevarme quiero
la hermosa piel de ese animal salvaje.»
Midiendo la distancia con arrojo,
le extiende el arcabuz con faz serena;
el tiro entonces suena,
y le metió la bala por un ojo.
«Negro, dijo, tirándome el cuchillo,
que la desuelles por favor te lo pido.»
Y obedecí su voz como un chiquillo,
porque el joven aquel...

LOLA *(Atajándole.)* Era mi Diego.

JUAN Era don Diego, sí: sólo en su labio
hay sonrisa a la vista de una fiera,
y él sólo tiene la certera mano
que ni el peligro ni el temor altera,
y volviéndose a mí noble y humano
«¿cómo sin armas, dijo,
te atreves a pisar estos lugares,
exponiéndote, necio, a la tortura
de ver que un tigre te devore un hijo?»
Dile yo a conocer mi desventura;

y al escuchar mi dolorosa historia,
más de una vez en su morena cara
asomaron los tintes de la ira ;
y en vano se esforzara
para borrar con su nervuda mano
de dolor una lágrima sencilla,
que despuntando entre sus negros ojos
pugnaba por saltar a su mejilla.
«Ven, infeliz, me dijo,
yo compraré tu sangre al europeo ;
de padre serviré a tu pobre hijo,
si al Africa volver no es tu deseo,
mas si pisar prefieres
las arenas del Africa tostada,
la suerte ya cesó de ser contraria ;
puedes marchar, si allí tienes tu amada,
y alzar en el desierto tu plegaria.»
Entre ríos de llanto
yo besé aquella mano bienhechora,
y perdonad a mi cariño santo
si lloro aún al recordarlo ahora.
Desde entonces resbala mi existencia
sobre su sola huella,
y miro siempre en él mi providencia,
como el marino a la polar estrella ;
y si adivino la idea de su mente
en su mirada vaga,
es porque la deuda que mi pecho siente,
sólo, señora, el corazón la paga.

LOLA *(Enternecida.)*
Amale como el alma mía :
sé su ángel tutelar.

JUAN Sed vos, señora,
si conocéis la ciega idolatría
con que don Diego vuestro nombre adora.
(Juan saluda y vase.)

ESCENA V

LOLA

LOLA ¡ Ay ! cuál de santa emoción
dulce llanto me enajena,
y cuál hincha mi ilusión
su celeste corazón

que mi recuerdo no llena.
No obscurezca el mundo vano
el porvenir sobrehumano
que ante mis ojos diviso,
cuando al guiarme su mano
es la vida un paraíso.
No caben llanto ni penas
junto a su alma bendecida,
porque, de caricias llenas,
veremos volar serenas
las horas de nuestra vida ;
y si heridas de quebranto
abren el dolor los tiros,
amparada de su encanto,
mientras beba yo su llanto
vivirá de mis suspiros.
(Se oye llamar a la puerta.)

ESCENA VI

LOLA y JUANA

LOLA ¿Es él, Juana?
JUANA Un caballero
que viene a ver al Barón.
LOLA ¿No ha dicho su condición?
JUANA Sí, es el marqués de Montero ;
diz que trae una visita.
LOLA Dile que pase adelante :
avisa a papá al instante.
(Juana hace lo que acaba de mandar.)

ESCENA VII

EL MARQUÉS, LOLA y luego el BARÓN

MARQ. Bésoos los pies, señorita ;
¿sois vos, por mi buena estrella,
la hija del señor Barón?
(Lola contesta afirmativamente.)
A fe mía, con razón
dijeron que erais muy bella.
LOLA Sois muy amable y cortés.
MARQ. A lisonja no achaquéis
justicia que merecéis.

LOLA — Os doy mil gracias, Marqués.
(El Marqués saludando al Barón, que entra.)
MARQ. — Señor Barón...
(El Barón alargándole la mano.)
BARÓN — Caballero...
Recibo merced no escasa
con ver honrada mi casa
por el Marqués de Montero.
(Le hace señal de que se siente, y se sientan.)
MARQ. — Me hacéis sobrado favor :
vuestra hermana en Santander
me encargó os viniera a ver,
y cumplo con este honor.
LOLA — ¿Me retiro, padre mío?
MARQ. — Mera visita es la mía,
y en el alma sentiría
dejárais este vacío ;
tanto más, cuanto doña Ana,
que os quiere mucho, por Dios,
me hablaba siempre de vos.
LOLA — ¡Mi buena tía !
BARÓN — Mi hermana.
MARQ. — La ilustre dama declina
de su salud por momentos,
y parte sus pensamientos
entre vos y su sobrina ;
y a fe mía es un modelo
de elegante sociedad,
y yo debo a su amistad
muchas horas de consuelo.
BARÓN — Se ha hablado de vos, Marqués,
durante la guerra toda.
MARQ. — Sí, Barón, seguí la moda
de acuchillar al francés.
BARÓN — De militar bravo y duro
fama alcanzó vuestro brazo.
MARQ. — Para dar un buen sablazo
no se necesita mucho.
BARÓN — ¿Y seguís la profesión?
MARQ. — A brigadier ascendí
y al rey mi cuartel pedí ;
no luché por ambición.
BARÓN — Nombre hubisteis de esforzado
y de singular valor.
MARQ. — Ciertas heridas de amor

me hicieron desesperado;
además, no peleaba
para defender mi tierra;
buscaba algo y en la guerra
no encontré lo que buscaba.

LOLA ¿Tan joven y el desengaño
marchitó ya vuestra vida?

MARQ. ¿Qué remedio? Es una herida
que al tocarla me hace daño.

LOLA ¿Fué amor no correspondido?

MARQ. Señorita, eso no mata.

LOLA ¿Amastéis a un alma ingrata?

MARQ. Y fuí vilmente vendido.
Cuando se concentra el ser,
el alma y el sentimiento
en el virginal aliento
de una adorada mujer;
y uno da su paz, su calma.
por una esperanza sola,
cuando ésta se pierde, Lola,
¿sabéis qué queda en el alma?
Fieros celos que arrebatan,
desconfianzas que mugen,
latidos secos que rugen,
cenizas frías que matan.

LOLA Os compadezco, a fe mía.

MARQ. Estos, señorita, son
misterios del corazón
que no entendéis todavía.
Busqué tumba en la pelea,
y me convencí, señora,
que ni tumba bienhechora
encuentra quién la desea.

LOLA ¿Tan agudo era el dolor
que os impelía a morir?

MARQ. Comprendierais mi sufrir
si comprendiéseis mi amor.

BARÓN El tiempo y la distracción
os devolverán la calma.

MARQ. La virginidad del alma,
quién la devuelve, Barón?
Suponiendo que el olvido
borrase este afán profundo,
¿puede devolverme el mundo
las creencias que he perdido?

BARÓN Marqués, no debéis decir
de esta agua no he de beber;
sólo Dios alcanza a ver
lo que hay en el porvenir.

MARQ. Bendita esa voz que augura
un bien que tanto consuela.

LOLA Marqués, hay un Dios que vela
por las almas sin ventura.

MARQ. *(Ap.)* ¿Por qué a la hora de amar
no conocí a esta mujer?

LOLA *(Ap.)* No sé que amargo poder
hay en su modo de hablar.

MARQ. *(Levantándose.)*
Mas, por Dios, que abusar temo
de vuestra condescendencia.

BARÓN Al revés, vuestra presencia
nos favorece en extremo;
y mi casa y mi amistad
siempre franca os brindaré.

MARQ. Y yo a gozar volveré
de tan buena sociedad.
Adiós.
(Alarga una mano al Barón; luego volviéndose a Lola.)
Os beso los pies...
(Ap.) Es linda como una estrella. *(Váse.)*

ESCENA VIII

LOLA y el BARÓN

BARÓN ¡Qué alma tan bella y tan franca
tiene ese joven Marqués!

LOLA Crees que olvidar podrá
después de querer así?
Eso no es posible.

BARÓN Sí;
de fijo que olvidará;
el alma que resplandece
en su fogosa mirada,
no es alma concentrada
que siente, calla y padece.
Expansiva en sus pasiones
ha amado con calentura,
no es el amor que augura

una vida de emociones ;
pues cuando por suerte aciaga,
esa fiebre nos desvela,
es cual la luz de una vela
que alumbra un rato y se apaga.

ESCENA IX

Dichos y DON DIEGO, *desde la puerta*

DIEGO Si dais permiso...
BARÓN Adelante,
hijo de mi corazón.
LOLA Diego, qué es esa aflicción
que se nota en tu semblante?
DIEGO Auroras infortunadas
que a nublar vienen la vida ;
voz que reclama, querida,
paga de deudas sagradas.
BARÓN Diego, ¿qué quieres decir?
DIEGO *(Sacando una carta y entregándosela.)*
Tomad y leed, Barón.
BARÓN ¿Por qué es esa agitación?
DIEGO Porque es forzoso partir.
BARÓN ¿Partir tú? no, Diego, no.
DIEGO *(Ap.)* ¡Qué desgarradora lucha!
Va a leer tu padre, escucha,
y después hablaré yo.
LOLA No. Diego, no ; esa partida
viniera a verter cruel
la primera gota de hiel
en el vaso de mi vida.
BARÓN *(Mirando la carta.)*
de tu padre me parece.
DIEGO Que sigáis leyendo espero.
BARÓN *(Leyendo.)*
«Buenos Aires, seis de Enero
de mil ochocientos trece.
Diego mío : de tu mano
necesita el viejo ; ven,
porque ha menester sostén
la cabeza del anciano ;
pierde mi frente su brío
y hacia la tierra declina,
y cuando el árbol se inclina

pronto caerá, hijo mío.
Con el alma enajenada,
tus amores bendiciendo,
tiempo al cielo voy pidiendo
para abrazar a. tu amada.
Sé que es muy digna de tí,
y cuando esposo te llame,
rogaré al cielo que te ame
cual me amó tu madre a mí.
Tu larga ausencia sintiendo
voy este valle dejando,
en que el hombre entra llorando
y el bueno parte sonriendo.
Si mi voz no es importuna,
porque un viejo es como un niño,
te reclamo aquel cariño
que yo te daba en la cuna.»
Un instante, Lola, exijo
a solas con Diego hablar. *(Váse Lola.)*

ESCENA X

EL BARÓN *y* DON DIEGO

BARÓN ¿Qué piensas hacer?
DIEGO Marchar
a cumplir como buen hijo,
y antes de Lola la mano
que me concedáis os ruego.
BARÓN Si tú te la llevas, Diego,
¿qué le quedará a este anciano?
Yo no creí que querrías,
cuando te he querido tanto,
privar que caiga su llanto
sobre mis postreros días.
Conozco tu amor profundo,
y de ese amor no me quejo;
pero no querrás que un viejo
se quede sólo en el mundo.
DIEGO ¿Qué queréis decir, Barón?
BARÓN Por los años encorvado
el morir a vuestro lado
fuera toda mi ambición.
A no ser tan viejo, iría
con vosotros al momento

a exhalar mi último aliento
lejos de la patria mía;
más si me quitas ahora
a mi Lola, yo te fío
que ya no veré, hijo mío,
despuntar la nueva aurora.
Un sacrificio te exijo
que el hacerlo está en tu mano:
sé que no te ruego en vano
porque tú eres un buen hijo.
Ve a cumplir con tu deber,
suspende contraer el lazo,
y a tu vuelta vence el plazo,
Lola será tu mujer.

DIEGO No sabéis vos que a su lado
sólo hallo vida y consuelo,
y sin ella hasta en el cielo
me hallaría desterrado;
y exigís de mi pasión
que me deje aquí la vida?

BARÓN *(Llorando.)* ¡Hija del alma querida!

DIEGO *(Conmovido.)* Partiré solo, Barón.

BARÓN Y al cruzar el Oceano
cuando el aura el buque impela,
flotará sobre tu vela
la bendición de un anciano.

DIEGO ¿Queréis a Lola llamar?
(Ap.) (Triste presagio me asalta:
siento que el valor me falta,
y no quisiera llorar.)

ESCENA XI

Dichos y LOLA

DIEGO Lola, un sagrado deber
me obliga crudo a partir;
yo no podría vivir
si te llegase a perder.
Por ti mi pecho sintió
un amor grande y profundo,
y nadie... nadie en el mundo
te amará cual te amo yo.
Mientras la fortuna esquiva

me tenga lejos de tí,
¿me olvidarás, Lola?

LOLA (*Señalando al corazón.*) Aquí
vivirás mientras yo viva.

DIEGO Tengo un presentimiento que me abruma,
quizá al cruzar el agua en lontananza,
envuelva el mar en sábana de espuma
el rico porvenir de mi esperanza.
Todo el amor, todo el poder del hombre,
si un buque entre las olas se derrumba,
no bastan ¡ay! para escribir su nombre
sobre el cristal inmenso de su tumba.
Si oyes contar de un náufrago la historia,
ya que en la tierra hasta el amor se olvida,
¿encontrará un sepulcro mi memoria?

LOLA Aquí la guardaré toda mi vida.

DIEGO Mi pobre corazón se hace pedazos
al dejar tus encantos seductores.

LOLA No temas, no; te volverá a mis brazos
el ángel tutelar de mis amores.
¿Guardarás esta rosa delicada,
(*quitándosela de su pelo.*)
para tí de mis sienes desprendida?

DIEGO Viniendo de las trenzas de mi amada
cada hoja de esta flor vale una vida.

LOLA Acuérdate de mí; ténla contigo
para que en ella mis amores leas,
y sea el cielo de mi amor testigo.

DIEGO ¡Adiós, Barón!

BARÓN (*Abrazándole enternecido.*) Adiós.

DIEGO (*Gogiéndole la mano de Lola y besándosela.*) ¡Bendita seas!

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Sala de tocador de la Marquesa de Montero, que estará acabándose de vestir para un baile. Puerta en el centro que comunica con el salón, que aparecerá iluminado, y a la derecha del espectador, puerta que comunica con el interior de la casa. Mesa de juego.

ESCENA PRIMERA

JUANA *y* LOLA

JUANA ¡Qué bien, señora, en vuestra negra trenza
destacan estas rosas su blancura!
No hay hermosa que en belleza os venza.
LOLA No me halaga ya mucho la hermosura.
JUANA Rica, Marquesa, hermosa y respetada,
¿qué más fortuna vuestro pecho anhela?
LOLA Juana, arrancar del alma angustiada
una memoria que mi frente vela.
JUANA ¿Pues no quisisteis vos de vuestro agrado
que os llamaran marquesa de Montero?
LOLA Misterios son que nunca he divulgado,
y hoy al tocarlos de tristeza muero.
JUANA ¿Con qué es cierto el refrán que a muertos y a
[idos...
LOLA No toques esa cuerda, Juana mía.
porque hace el mismo efecto en mis oídos
que el toque funeral de la agonía.
JUANA Don Diego, acaso a vuestra fe perjuro...
LOLA Que me hubiese olvidado a Dios pluguiera.
JUANA ¿Habéis sabido de él?
LOLA Nunca; y te juro

que quisiera morir sin que supiera.
Supuesto, Juana, que a tu fiel ternura
tanto interesa mi profunda herida,
yo te haré conocer la desventura
que envenena las horas de mi vida.
Tres años hace que a su patrio suelo
se fué don Diego ; y por desgracia mía
a las pocas semanas quiso el cielo
arrebatar mi padre y mi alegría.
Poco antes de espirar quiso que sola
estuviese un momento en su presencia,
y con voz paternal me dijo : «Lola,
ya no tendrás más juez que tu conciencia,
quedas sin padre hasta que vuelva Diego :
vé a Santander al lado de mi hermana,
guarda sin mancha el nombre que te entrego
y sé el sostén de aquella noble anciana :
y aparte Dios de tus postreras horas
de los remordimientos la tortura ;
y cual hoy, hija, de tristeza lloras,
lloren tus hijos con filial ternura.»
Murió el anciano, y con cariño santo
corrí a regar la tumba que le encierra ;
y al encontrarme sola con mi llanto
ancho desierto pareció la tierra.
Aquella temporada solamente
frecuentaba mi casa un caballero :
los que sufren se entienden fácilmente,
y él sufría también, era Montero.
Te acordarás que él nos sirvió de ayuda
trayéndonos aquí en su compañía,
y aunque su lengua para mí fué muda,
honda tristeza en su mirada había.
De mi tía Ana me dejó en los brazos,
y aquí declina de mi vida el sino :
me volvieron al mundo nuevos lazos,
nuevos placeres me brindó el destino.
Yo, que hasta entonces sólo conociera
de Diego y de mi padre la ternura,
entré en la sociedad por vez primera
y todos celebraron mi hermosura.
En la mujer hay un placer oculto
de solazarse en la pasión que inspira ;
y cien galanes con ferviente culto
me contaban de amor dulce mentira.

De mi padre la voz ya no sonaba
más que como eco de infantil conseja,
y de mi débil mente se alejaba
cual vela henchida que del mar se aleja ;
y del salón en el bullicio loco
hundióse aquel recuerdo en mis entrañas,
y se extinguió en el alma poco a poco
como un eco perdido en las montañas.
Del amor las primeras impresiones
tenían de ternura inmenso acopio ;
sentí nacer después otras pasiones,
y sobre todas una : el amor propio ;
esa pasión que es, cuando se despliega,
tronco y raíz del corazón humano ;
que a lo pasado nuestra vista ciega
con el incienso del amor mundano ;
que halaga con sonido delicioso
cual de un laúd la suave melodía,
interpuso un celaje pavoroso
que mis recuerdos de espesor cubría.
Verme amada y oir el lisonjero
acento de pasión que yo inspiraba,
de orgullo henchido el corazón entero
con los constantes triunfos que alcanzaba,
éste era mi gozar, y sólo un hombre
se mostraba insensible a mi atractivo ;
era el Marqués, y el lustre de su nombre
punzaba mi amor propio en lo más vivo.
Montero no era ya aquella alma herida
que buscaba una tumba en la batalla :
sediento entonces de placer y vida,
no conocía a sus antojos valla ;
audaz sin pretensión, gallardo y fiero,
galante, apuesto, espléndido y lujoso,
me parecía el solo caballero
digno de mí para llamarle esposo.
Algún genio fatal se complacía
en dar cumplida rienda a mi deseo :
conquista mía fué, y en breve ardía
para los dos la antorcha de himeneo.
JUANA ¿No sois feliz con él?
LOLA No, Juana mía :
marchitas ya de la ilusión las flores,
veo por mi desgracia, que aquel día
mi orgullo equivoqué con mis amores.

Y él tampoco lo es ; quizá el recelo
de haberse visto en su pasión vendido,
quizás lo poco que a su amante anhelo
costó verse de mí correspondido ;
ello es que es triste su mirada altiva,
y en nuestra fría aparente calma
encuentra a su pesar el alma esquiva
que faltaba en ambos el amor del alma.
Y cuando a quedar viene en nuestro pecho
un sentimiento indeferente y frío,
y en la tristeza y soledad deshecho,
inerte late el corazón vacío ;
cuando sin esperanza de fortuna
lo porvenir se encierra encapotado,
al través de una lágrima importuna
se vuelve la mirada a lo pasado.
Y el aura de la tarde a mis oídos
trae voces perdidas a lo lejos,
viniendo a mi memoria mal dormidos
los del primer amor tibios reflejos ;
de una flor los recuerda el dulce aroma,
los despierta del clavel una armonía,
la blanca luna que en el cielo asoma
fanal hermoso de ilusión un día ;
y de la tierna edad de mi inocencia
viene un trémulo rayo desprendido
a alumbrar lejos de mi existencia
el panorama de un edén perdido.

JUANA Procurad disipar esa tristeza ;
distracciones buscad por cualquier medio :
ahora que casi vuestra vida empieza,
¿no habéis de hallar en vuestro mal remedio?
Fragilidad fué en vos el olvidarle ;
¿mas quién sabe también si os ha olvidado?
Bastante tiempo es ya para esperarle
los tres años de ausencia que han pasado.

LOLA Tú no conoces a aquel hombre, Juana :
embriagada en el néctar de la vida,
olvidó la mujer frívola y vana ;
pero aquella alma colosal no olvida.
Yo siento aquí una voz que me asegura
que su huella va en pos de mi destino.
y para mi expiación y mi tortura
Dios le pondrá en mitad de mi camino.
El vive, sí, no sé en lo que me fundo,

mas cual suenan los pasos sobre un hueco
cada pisada suya por el mundo
dentro de mi corazón levanta un eco.

JUANA Hoy que el Marqués en baile suntuoso
celebrar quiere vuestro fausto día,
dad tregua al llanto y al sufrir reposo,
y brille en vuestros ojos la alegría.

LOLA No temas, no; sabemos las mujeres
guardar nuestra pasión aquí escondida,
velando con sonrisas y placeres
los quejidos del alma estremecida,
y mientras el dolor negro y profundo
mudo en el alma del que sufre queda,
el que no espera compasión del mundo
cubre el dolor con antifaz de seda.

JUANA Alguien viene.

LOLA Ve quién es,
y si convidados son,
di que pasen al salón.

JUANA No, señora; es el Marqués. *(Vase Juana.)*

ESCENA II

LOLA *y el* MARQUÉS

MARQ. Fatal estrella, por Dios,
es la mía, dulce amiga;
siempre el cielo me castiga
cuando estoy lejos de vos.

LOLA Pues mucho tiempo hace a fe
que os pudiera castigar.

MARQ. No me quiero disculpar,
pues conozco que falté;
mas sé que a tan dulce prenda
no apela el cariño en vano.
Lola, ¿no me dais la mano?

LOLA Es que no fío en la enmienda.

MARQ. Mucho, Marquesa, lo siento;
juro que podéis fiar,
porque vengo a confesar
lleno de arrepentimiento.
Oidme un rato, Marquesa:
aunque nunca os he olvidado,
distraído habré entibiado
vuestro cariño, y me pesa:

nadie mejor que Montero
conoce lo que valéis,
y creo no dudaréis
que os he querido y os quiero.
Algunas veces, y en tanto
que iba en pos de mis antojos,
sorprendía en vuestros ojos
recientes huellas de llanto;
conozco que os hice agravio,
pues mientras gozaba yo,
sufríais, y no asomó
una queja en vuestro labio:
y si vos llanto de hiel
vertíais por mi egoísmo,
no me perdono yo mismo
haber sido causa de él.

LOLA ¿De veras?

MARQ. Os lo confieso
como lo siento, señora.
¿Creéis en mi enmienda ahora?

LOLA Enrique, no hablemos de eso.

MARQ. Vuestro cariño, Lola, es
hoy mi primera fortuna;
hay días de mala luna
que todo sale al revés.

LOLA Enrique, ¿qué os ha pasado?

MARQ. Me levanté esta mañana,
y de montar me dió gana
el potro tordo rodado;
yo ganoso de cansallo
y él más ganoso de hacello;
a fuerza de corrello
he reventado el caballo.
Por mi fortuna salí
sin lesión de la caída:
tuve luego una comida
en la que se jugó y perdí.
Levantéme sin revancha;
ocurriósenos el dar
un paseo por el mar,
y tomamos una lancha:
alzando espumosa estela
y a la barra haciendo proa,
dirigimos la canoa
mar a fuera a toda vela:

embocaba a la sazón
el canal un bergantín
ligero como un delfín,
y al verlo volví el timón.
Mi barquero con enojo
gritó : a la vía, Marqués.
¿Cómo a la vía? ¿no ves
que nos va a pasar por ojo?
Y si no viro, no marra,
por nuestra estela cruzó ;
pero me olvidaba yo
que estábamos en la barra...
Ya del canal separados,
batidos por la corriente,
nos quedamos blandamente
sobre la barra varados.
Y entonces, como de intento
para hacernos zozobrar,
el trapo nos vino a hinchar
una ráfaga de viento :
dicho y hecho : zozobramos...

LOLA Me espanta esa sangre fría...

MARQ. No os asustéis, hija mía,
porque todos nos salvamos :
sabéis que nada me arredra ;
mas hoy os protesto a fe
que de veras me asusté,
pues nado como una piedra.
El bergantín, que al pasar
nuestra cuita presenció,
en un momento mandó
botar las lanchas al mar
para darnos pronto ayuda ;
los remeros se afanaban,
mas acercarse no osaban,
temiendo varar sin duda,
cuando se echó un hombre a nado
de la lancha más vecina,
y en nuestra inminente ruina
a nosotros se ha acercado ;
y cogiéndonos a dos
cual si cogiera una paja
en su lancha nos encaja.
¡ Qué brazo ! ¡ Poder de Dios !

LOLA Muy generoso habréis sido
con el bravo marinero.

MARQ. No era tal, un caballero
muy bizarro y muy cumplido,
moreno, de buen talante,
(Lola escucha agitada.)
elegante sin aliño,
con la sencillez de un niño
y el aliento de un gigante,
deseoso yo de pagar
abnegación tan sin tasa,
le ofrecí cortés mi casa,
que se empeñó en rehusar;
y al dejarle en la posada
mandéle al momento un coche
rogándole que esta noche
venga a honrar nuestra velada.
Y al presentároslo a vos,
os acordaréis, querida,
que me ha salvado la vida.

LOLA *(Ap.)* ¡Justicia eterna de Dios!

MARQ. Estáis pálida, Marquesa.

LOLA Sí, siento un temblor inquieto...

MARQ. Culpa mía; yo os prometo
que será la última esa;
que al ver lo que por mí pasa,
por loco tendrá cualquiera
al que busca riesgo fuera
teniendo un cielo en su casa.

LOLA Siento una atroz conmoción
que temo hasta hablar me impida.

MARQ. ¿Quién hará sin vos, mi vida,
los honores del salón?
Hoy sí que no os lo perdono;
y espero que afianzaréis
la fama que ya tenéis
de modelo de buen tono.
Ya acude la reunión,
y el baile va a empezar luego.

LOLA *(Ap.)* ¡Dios mío! ¡si fuese Diego!

MARQ. *(Tomándola del brazo.)*
Lola, vamos al salón.

ESCENA III

Sale JUANA *azorada y santiguándose*

Juana ¡Jesucristo, Jesucristo!
Señorita... ya está dentro;
vaya un oportuno encuentro;
y no sueño, que lo he visto.
Salí un momento al balcón,
¡maldita curiosidad!
y en la densa obscuridad
vi pasar una visión.
Y era aquel negro, aquel Juan;
le he visto, le he visto bien;
pero ¿cómo, cuándo y quién
habrá traído ese Adán?
Si él está, también don Diego
debe estar, la cosa es clara;
si jamás de él se separa:
ya empieza a enredarse el juego;
esto va a parar en mal;
daré parte a la señora...
¿Y quién se lo dice ahora
entre ese berengenal?
Callaré, es lo más seguro,
hasta que la pueda hablar.
¡Ay! la Virgen del Pilar
nos saque en bien de este apuro.
Si antes de la reunión
estaba ya tan inquieta.
Está visto, no hay profeta
como nuestro corazón.
¡Ay! Si la Virgen hiciera
que al negro no vuelva a hallar,
le ofrezco adornar su altar
con cuatro velas de cera.

ESCENA IV

AGUILAR, RUIZ, MENDOZA, CISNEROS *y algún otro caballero salen del brazo conversando familiarmente, examinando el adorno, etc.—Pasa un criado con bebidas. Ruiz toma un puñado de bizcochos y un vaso de ponche y se sienta junto a una mesa de juego a tomar su refrezco.*

AGUIL. ¡ Jamás ha habido sociedad como ésta !
¡ Cuánta elegancia en todo, cuánto esmero !
Para hacer los honores de una fiesta
es sola la Marquesa de Montero.

MEND. Es verdad, el negarlo fuera agravio :
su acento es siempre amable y oportuno,
y, en miel envuelta, mana de su labio
una palabra dulce a cada uno.

CISN. Pues yo no sé por qué, se me figura
ver al través de su aparente calma
que en su sonrisa celestial y pura
trasciende siempre un malestar del alma.

AGUIL. No es probable que sea : es respetada,
hermosa, rica, de brillante cuna
y amada del Marqués ; fuera bobada
pedir más beneficio a la fortuna.
Antojos tuyos son.

CISN. Serán antojos.

AGUIL. Cuando hacia alguno su mirada torna,
el sentimiento en sus rasgados ojos
es una nueva gracia que la adorna ;
y, observadlo por Dios, en los salones
la sonrisa simpática que lanza,
hasta los más inertes corazones
sirve de pedestal a una esperanza.

RUIZ (*Tomando su ponche.*)
Las mujeres en baile son más vivas ;
a la luz de las bujías son más bellas ;
es animal nocturno.

AGUIL. ¡ Voto a Cribas !
¡ que no me quieran cual las quiero a ellas !

RUIZ ¿A todas? ¡ Hombre, qué plural más lato !

AGUIL. Lo pondré en singular si eso te asusta.

RUIZ Siquiera en singular es ya otro trato.

AGUIL. Pues todo el sexo mujeril me gusta.

RUIZ Es opinión absurda.

AGUIL. No lo creas.

RUIZ Te lo voy a probar por vida mía :
donde quiera que vayas verás feas
que están en una inmensa mayoría,
y si en amar se ha de gastar la vida,
gastarla en una fea es un sarcasmo.

AGUIL. Distingo : si esa fea es muy subida,
se puede suprimir por pleonasmo.

CISN. Las que son de esta clase se entretienen

en un rincón de su casa murmurando
como en el baile hay mucha luz no vienen.

AGUIL. Por eso quiero estar siempre bailando:
pero después me duele la salida:
porque tras una noche deliciosa,
al renovar la prosa de la vida
es volver a la vida de la prosa.
Todo es hermoso aquí; corre la noche
entre ríos de luz y de armonía;
uno comienza por venir en coche
a respirar ambientes de ambrosía:
penetra en el salón, lucen las bellas
de gasa ornadas y de ligeras flores,
cual brillan en el cielo las estrellas
de una noche estival en los ardores;
y la hermosura, casi siempre esquiva,
cual si anhelara del amor los lazos,
viene espontánea a ser nuestra cautiva,
buscando una prisión en nuestros brazos,
y rompe el vals, y luces y mujeres,
y espejos y salón, todo girando,
un vértigo remedan de placeres
en que se embriaga el alma volteando,
respira su aliento, y el hechizo
y la mirada de la hermosa brilla,
sintiendo frío su flotante rizo
que pasa a acariciar nuestra mejilla,
ya envidiando una mano chiquitina
que posa abandonada en el regazo,
y al través de la tenue muselina
la nieve mate de un mullido brazo:
va viéndola cansada reclinarse
en un sillón, como en un mullido lecho,
y en su agitado respirar contarse
la oscilación de su ondulante pecho;
ya de unos ojos de color de cielo
devorar la simpática mirada,
mirada en que un novicio al primer vuelo
lee cien tomos, y no dice nada...
Esto es gozar: al menos se respira
aire más tibio, más feliz ambiente;
y si en el mundo al fin todo es mentira,
se pasa la mentira alegremente.

RUIZ En nuestra existencia estólida
cada uno tiene un placer,

si tú estás por la mujer,
yo estoy por cosa más sólida.

AGUIL. Mala pedrada te tronche:
sólo por lo tragón te odio.

RUIZ Hombre, esto es un episodio,
un triste vaso de ponche:
tú de amor en los altares
quemas tu incienso a las bellas;
yo, que no me acuerdo de ellas,
ahogo en rom mis pesares.
Me admira verte tan chocho;
es no quererlo entender:
¡es muy dulce la mujer,
pero es más dulce el bizcocho!

CISN. ¡Qué grata es su ocupación!
la verdad, con verle gozo.

AGUIL. La garganta de ese mozo
es un molino de rom.

RUIZ Envidiosos...

AGUIL. Vamos, cesa.
Vas a decirme una cosa:
¿viste qué triste y hermosa
se presentó la Marquesa?

RUIZ Hombre, no he reparado.

AGUIL. ¿No sospechas qué tendrá?

RUIZ Podrá tener... pero ca...

AGUIL. Vamos, ¿qué es lo que has pensado?

RUIZ ¿Conque eres curioso?

AGUIL. Un poco.

RUIZ Pues por esta vez, amigo,
la verdad, no te lo digo,
porque no lo sé tampoco.

CISN. La Marquesa.

RUIZ Pues chitón...
(Aguilar se adelanta a ofrecerla el brazo.)

ESCENA V

Dichos y la MARQUESA

LOLA ¿Cómo aquí tan retirados?
¿Están ustedes cansados
del bullicio del salón?

AGUIL. Mal nos juzgáis a fe mía,
si os llegáis a figurar

que puede a nadie cansar
tan amable compañía.

LOLA Aguilar, es bien seguro
que sois buen galanteador:
siempre encontrais una flor
para salir del apuro.

AGUIL. Si vos así lo creéis
no quiero contrariaros:
muchas tendría que daros
para las que merecéis.

LOLA Sois amable por demás,
y tenéis dichos muy buenos:
si los prodigarais menos,
quizá me gustaran más.

AGUIL. Pues entonces no prosigo.
Pediros quiero un favor,
y es que me hagáis el honor
de bailar un vals conmigo.

LOLA ¿Cuál?

AGUIL. El que queráis, señora.

LOLA Si os place será el tercero,
porque estoy rendida y quiero
descansar un rato ahora.

CISN. ¿Os encontráis indispuesta?

LOLA No, pero cansada sí. *(Se oye música.)*
No se entretengan por mí,
pues vuelve a empezar la fiesta.

ESCENA VI

LOLA

LOLA ¡Qué inquieto afán mi corazón altera!
empieza apenas la festiva danza,
y como si una sombra me siguiera,
doquier la garra del pesar me alcanza.
Si mi vida estuviese
suspendida del fiel de una balanza,
no creo fuese tanta mi agonía.
Quiero huir de esta sombra,
que sólo existe en la memoria mía,
y en busca del olvido,
al resbalar mis pies sobre la alfombra,
voy lanzada de un vértigo al impulso,
buscando un medio de obligar al tiempo

a correr tan veloz como mi impulso.
¡ Ay ! Si ahora pudiera
retroceder un paso en mi camino,
y encontrar blanca y pura,
como lo fué mi hermosa primavera,
la página feliz de mi destino ;
y aquel vibrante acento de ternura
escuchar otra vez sobre la tierra,
que cual recuerdo de un perdido cielo
ebrio de amor el corazón encierra.
Si alzar pudiera en amoroso anhelo
mi frente virginal inmaculada,
esta frente abatida
que hoy no resistiría su mirada ;
y decirle de una vez, de amor henchida,
ven a buscar en mi amoroso seno
la dulce paz de tu azarosa vida.
¡ Ay, no lo quiera Dios ! fuera un suplicio
volverle a ver para perderle luego.
¡ Harto costoso es hoy el sacrificio !
No quiera Dios que mi marchita frente
venga a abrasar con su mirar de fuego

ESCENA VII

LOLA, *el* MARQUÉS *y* DON DIEGO, *éste viene apoyado en el brazo del Marqués*

MARQ. Lola mía, os presento el caballero
que me sacó del agua sumergido.
DIEGO A vuestros pies... ¡ Dios mío !
LOLA *(Ap.)* ¡ El... él... yo muero !
MARQ. *(Ap.)* También esta mujer me habrá vendido.
(Dirigiéndose a Diego.)
No debéis extrañar que conmovida
encuentre una mujer en su presencia
quien a su esposo conservó la vida ;
su amor debe servirla de indulgencia.
Ella os dirá las hondas atenciones
de gratitud que nuestro pecho abriga.
(Dirigiéndose a la Marquesa.)
Mientras cumplo por vos en los salones,
cumplid por mí con él, querida amiga
(Vase el Marqués.)

DIEGO (*En actitud de irse.*)
¡Adiós, bella esperanza lisonjera!
LOLA Si puede consolaros mi tormento,
miradme, Diego, y de perdón siquiera
salga de vuestros labios un acento.
DIEGO *«Si oís contar de un náufrago la historia,*
ya que en la tierra hasta el amor se olvida
¿encontrará un sepulcro mi memoria?
AQUÍ LA GUARDARÉ TODA LA VIDA.»
Así decía una mujer, llorando,
conociendo la fe con que era amada;
sin duda vos no recordáis ya cuando...
LOLA ¡Me asesina la hiel de su mirada!
DIEGO ¿No recordáis que concentré la vida
dentro del corazón para vos sola;
y de esperanza y gloria el alma henchida
soñaba un cielo en el amor de Lola?
¿No pensásteis jamás que un peregrino
cruzaba errante el desolado suelo,
y erais la única flor de su camino,
la sola estrella que alumbró su cielo?
Hoy que el encanto de mi vida acaba,
decidme una palabra en vuestro abono
Si os han amado más que yo os amaba,
decídmelo también, y os lo perdono.
LOLA ¡Diego, piedad por Dios!
DIEGO ¿Por qué, señora,
cuando os fiaba la esperanza mía,
conocer no os dejabais, como ahora?
¿Por qué ese corazón amor mentía?
¿Por qué no decir al que creyente
un ángel bello en su delirio fragua:
«No tengo nada aquí, quien por mí siente
viene a escribir su nombre sobre el agua?»
¿Por qué vuestra pasión es flor de un día
que dura sólo lo que dura un lirio,
mostrando al hombre que en amores fía,
que el premio del creyente es el martirio?
¿Qué importa a la mujer, si en la mudanza
son de lisonja sus oídos llena,
convertir una vida de esperanza
en campo estéril de infecunda arena?
Y agotados al ver en nuestra frente
cuantos capullos la ilusión tenía,

tendrá ella una sonrisa indiferente
para insultar del mártir la agonía.

LOLA ¡Me hacéis daño... piedad!

DIEGO Débil criatura,
he aquí el único bien que nos ofrecen:
saben verter a mares la amargura
y al probar una gota se estremecen.

LOLA No es verdad: si tronché vuestra esperanza,
derramando la hiel de vuestra vida,
el cielo se encargó de la venganza;
fiad en él que os la dará cumplida.
El cielo me dejó el remordimiento,
y un recuerdo sin fin de esta ternura;
si vos no comprendéis este tormento,
no habléis a esta mujer de desventura
Habéis tenido fijas las miradas
viendo las aguas murmurar sonoras;
y el llanto las mejillas arrasadas,
lentas contar las intranquilas horas
con un recuerdo de tristeza, Diego,
perdido Edén de gloria y de ventura,
que ha de morir aquí, cual fatuo fuego
que brilla en ignorada sepultura?
y cuando el alma aérea y vagorosa
a ese deleite celestial se lanza,
gritaros una voz: «¡Infiel esposa!,
es un crimen nutrir esa esperanza!»
Y cuando el corazón henchido estalla,
sólo veais en el morir remedio,
y entre el alma y su amor tengáis por valla
toda una eternidad que está por medio:
y ante el hombre ofendido que amé tanto
no hallar una palabra en mi disculpa,
ni aún el consuelo de enjugar su llanto,
llanto que corre por mi sola culpa.
Y cuando a su desprecio resignada,
diera mi salvación por su ventura,
¿creéis que a una mujer tan humillada
debéis hablarle vos de desventura?
Decidme: ¿lo creéis?

DIEGO Adiós, señora.

LOLA *(Ap.)* (¡Y le pude olvidar, Dios poderoso,
sólo faltaba a mi desgracia ahora
el suplicio de hallarle generoso!
(Don Diego va a salir conmovido, y en el momen-

to de llegar a la puerta la abre el Marqués y le indica cortésmente que se detenga.)

ESCENA VIII

Dichos y el MARQUÉS

MARQ. *(Dirigiéndose a Lola.)*
Retiraos, os lo ruego.
LOLA Enrique, ¿por qué?
MARQ. Os lo mando.
(Lola se va por la puerta interior, enjugando sus lágrimas.)

ESCENA IX

EL MARQUÉS *y* DON DIEGO

MARQ. ¿Me diréis lo que tratando
estabais, señor don Diego?
DIEGO Cosas de poco interés.
MARQ. Ved que algo se ha apercibido.
DIEGO Entonces, si habéis oído,
¿a qué preguntáis, Marqués?
MARQ. Es verdad, tenéis razón,
que es inútil la pregunta.
¿Tiene vuestra espada punta?
DIEGO Y va recta al corazón.
MARQ. Bien; una mujer os ama,
y no es, por Dios, caballero,
quien no desnuda su acero
para defender a su dama.
Pero también se os alcanza
que si ella tiene marido
puede de su honor vendido,
exigir justa venganza.
Y de esa mujer liviana
yo me vengaré después.
DIEGO Será una hazaña, Marqués,
digna de un alma villana.
Si esa mujer os amó
y no cometió un desliz,
¿por qué no la hacéis feliz
amándola como yo?
MARQ. Según vos, no ha delinquido

en no violando el pudor,
que debe a su propio honor
más que al nombre del marido.
Suponiendo que así fuera,
estáis muy equivocado:
no le basta al hombre honrado
fidelidad tan grosera.
Si un día de vuestra esposa
recibierais un agravio,
escuchando de su labio
que en otro su amor reposa
(¡la ira mi acento trunca!)
¿qué haríais con el rival?

DIEGO Es un caso original
que no me ha ocurrido nunca.

MARQ. A mí sí, y es menester
acabar con ese amor.
Las cuestiones de mi honor
yo me las sé resolver.

DIEGO Batiéndoos con el rival
que en mal hora habéis soñado,
¿creéis que habéis encontrado
un remedio a vuestro mal?

MARQ. ¿Tenéis a la muerte miedo?

DIEGO ¿Miedo?... Sí; porque mi vida
es tan bella y divertida
que desprenderme no puedo
de su inmenso bienestar.
Señor Marqués de Montero,
¿creéis vos que vuestro acero
me haga a mí pestañear?

MARQ. ¿Pues a qué tanta disculpa?

DIEGO ¿Queréis un duelo mortal?
Sea: mas de vuestro mal
no echéis a nadie la culpa.
Y perderéis la partida,
que yo no puedo morir,
porque hay horas que el sufrir
nos centuplica la vida.

MARQ. De buena o de mala gana,
veo que al fin me entendéis.

DIEGO Ya que tanto lo queréis,
enhorabuena: mañana.

MARQ. ¿Hora?

DIEGO Las seis.

MARQ. Está bien...
¿Armas?
DIEGO Las que vos queráis.
MARQ. A muerte..
DIEGO Si os empeñáis
os daré gusto también.
MARQ. ¿Testigos?
DIEGO Entre los dos
no creo haya felonía;
y por mi parte os diría
que el mejor testigo es Dios.
Marqués, cuidad de prever
que nadie se entere de eso,
y quede al menos ileso
el honor de esa mujer.
MARQ. ¿Sitio?
DIEGO La orilla del mar.
MARQ. ¿Queréis que pase a buscaros?
DIEGO No tenéis que molestaros,
que nunca me hago esperar.

ESCENA X

EL MARQUÉS

MARQ. Lago de amor sereno y transparente,
que yo surcaba en brazos de su halago...
En un instante el cieno del torrente
enturbió los cristales de ese lago
Paz de la vida, honor de los Monteros,
¿con que andáis restregados por el lodo?
si con sangre se lavan desafueros,
yo la hallaré para lavarlo todo.
¿Qué es esta fiebre ardiente que me asalta?
¿Qué es este frenesí que me devora?
Que el corazón ingrato que me falta
es a mi vida necesario ahora.
Yo quisiera inventar algún tormento,
agudo como el dardo que ella vibra,
que secara del alma el sentimiento
rompiendo el corazón fibra por fibra.
Ofrecerle una vida de ternura,
llevarle hasta el humbral del paraíso,
dejarle ver un cielo de ventura,
y hundirla en el infierno de improviso.

Enrique, vuelve en ti, cobra tu calma:
estás celoso tú? Lo estás, Montero;
y con la hiel que hoy sobra de tu alma
hay para envenenar al mundo entero.
Y me es preciso refrenar ahora
para que no se ría ningún menguado...
(En el momento de dirigirse a la puerta interior sale Lola suplicando.)

LOLA Enrique, oíd.

MARQ. *(Empujándola con violencia.)*
Quitad... ¡Maldita la hora
que mi nombre y mi honor os he fiado!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa el cuarto de la posada en que habita don Diego

ESCENA PRIMERA

JUAN *y* DON DIEGO ; *Juan de pie en medio de la escena contemplando fijamente a su amo, quien sentado junto a una mesa, acaba de cerrar un pliego*

JUAN (*Ap.*) ¡ Cuán pálido y demudado
se encuentra ! ¡ Si en este lance
le sucediera un percance !...
¡ Tengo el corazón helado !

DIEGO (*Levantándose y dándole un pliego.*)
Toma, Juan, amigo fiel ;
si a las ocho no he venido,
abre este pliego, y cumplido
deja cuanto mando en él.

JUAN ¿ Os asalta algún temor,
don Diego?

DIEGO ¡ Temor ! no a fe.
A tal situación llegué
que el morir fuera un favor.

JUAN No digáis tal. ¿ Quién iguala
vuestra destreza en el duelo?
Si vos derribáis al vuelo
las golondrinas con bala.
Ya que os fuerzan, satisfecho
dejad a ese camarada.
Si quiere batirse a espada,
le hundís la punta en el pecho.

DIEGO Juan, no abrigues pena alguna
por ese mal que presientes,
pues son harto consecuentes
la desgracia y la fortuna.
Siendo feliz mi destino,
la muerte me lo truncara;
mas hoy que lo deseara
no la hallaré en mi camino.

JUAN No, pues si en esta ocasión
os lastimaran, de fijo
que aunque fuera mi propio hijo
le partiera el corazón.
Pero ca... vencéis sin duda:
con vuestro brazo batalla
vuestro corazón de malla
y Dios que va en vuestra ayuda.
O soy un solemne bolo,
o le despacháis. *(Ap.)* ¡Me dan
congojas de muerte!

DIEGO ¡Juan!
déjame; quiero estar solo.

ESCENA II

DON DIEGO *solo. Da una vuelta por la escena, sumamente ensimismado, y luego se sienta en una silla al lado de la mesa*

DIEGO ¡Cuánta mudanza en un día!
Ayer iba al paraíso,
y naufragó de improviso
toda la esperanza mía.
¡Más valiera que al venir
me hubiera tragado el mar!
Yo vine a Europa a gozar,
y habré venido a morir.
¿Y morir sin el placer
de vengarme? ¿Mas de quién?
Si fuera un hombre, está bien;
pero una débil mujer...
Y el mundo sin compasión,
me dirá: «goza y olvida»
sin mirar que en la partida
he perdido el corazón.
¿Y cómo puedo olvidar?

Es lo mismo que pedir
que olvide el pulso el latir
y el pensamiento el pensar.
y si de pena cubierto
al fin sucumbo cansado,
moriré sin ser llorado
como un lobo en el desierto.
Yo, que en la mujer creí
y en el amor esperé,
¿dónde encontraré la fe?
¡Pobre insensato de mí!
Y cuando esa mujer vea
que mi existencia apagó,
y mi cráneo se secó
con el calor de una idea;
y que, en desesperación,
cansado ya de sufrir,
la violencia del latir
reventó mi corazón;
¿qué premio habré conseguido
en pago de esta agonía?
¡Hasta la existencia mía
será un recuerdo perdido!
Y hasta que la sepultura
apague esta horrible guerra,
sigue pisando esa tierra
empapada en amargura.
Si la existencia es un bien
busquemos compensación
de esta funesta pasión...
¿Quién puede dármela, quién?
Para borrar esta huella
es preciso que el vacío
llene otro objeto. ¡Dios mío!
¡Si no cabe aquí más que ella! *(Pausa.)*
Cuando la vida se acaba
también se acaba el afán,
y entonces de este volcán
será ceniza la lava;
y nada quedará en mí;
sólo el alma irá volando,
mejor espacio buscando,
do no engañen como aquí.
Y sin llanto mi querella
¿vivirá entonces? ¡Mentira!

si el alma mía respira,
respirará para ella.
¿Quién dijera, Dios piadoso,
que este inmenso amor a Lola
me ofreciera una pistola
por llave de mi reposo?
¡Miserable condición!
Y en tan agudo tormento,
es suyo mi pensamiento,
es suyo mi corazón.
Dios mío, tu nombre invoco
con el alma dolorida;
es un infierno mi vida,
¡ten piedad de un pobre loco!
(Deja caer la cabeza sobre las manos.)

ESCENA III

EL CAPITÁN *y* DON DIEGO

CAPIT. ¡Mucho se madruga, amigo!
DIEGO ¡Hola! ¿Sois vos, Capitán?
CAPIT. Mala noche habréis pasado,
don Diego; pálido estáis.
DIEGO Este clima me trastorna.
CAPIT. ¿No es más que eso?
DIEGO Nada más.
CAPIT. Ahora salto de abordo,
y me han venido a avisar
que una fragata de guerra
a salir próxima está
para el Río de la Plata.
Si algo tenéis que mandar
el capitán es amigo
y contento os servirá.
DIEGO Capitán, decid que cuente
con un pasajero más.
CAPIT. No quedará descontento
si es amigo vuestro.
DIEGO Es Juan,
cuyos buenos sentimientos
es tiempo ya de premiar,
y a quien creo que ya es hora
de dejar en libertad

para que al lado de su hijo
vaya tranquilo a expirar.

CAPIT. ¡Bravo, corazón hidalgo!
¡Qué contento va a estar Juan!

DIEGO Al que vela nuestro sueño,
que llora cuando lloráis,
que os ama con toda el alma,
¿qué menos le podéis dar?

CAPIT. ¡Feliz vos, que en torno vuestro
sembráis la felicidad!
¿Qué corazón en la tierra
vuestra alma no ha de envidiar?
Faltara la Providencia
si aquella a quien vos amáis
no bordara vuestros días
de cariño y de lealtad.
¡Ah! ¡veréis con qué placer
las horas resbalarán
para vos sobre la tierra!
¡Debéis ser feliz!

DIEGO ¡Cabal!
Cuando uno se encuentra, así,
tan afortunado, y tan...
de la dicha que le sobra
debe dar a los demás.
¿Y qué tal vuestros amores?

CAPIT. ¡Ay, amigo mío, mal!
Ya os dije que era mi amada
hija de noble solar,
y yo sólo cuento, amigo,
con mi carrera y no más.

DIEGO Pero tenéis corazón.

CAPIT. Con él me lancé a la mar
a luchar desesperado,
y su elemento voraz
contemplando cara a cara,
he dicho a la tempestad
que me ha de abrir ancha tumba
o riqueza me ha de dar.

DIEGO ¡Y ella os corresponde bien!

CAPIT. Con cariño celestial;
y como ser pronto espero
capitán en propiedad,
dentro dos años calculo
poderla mía llamar.

DIEGO ¿No habéis amado más que a ella?
CAPIT. A ella, don Diego, y no más.
Y si su amor me faltara
no creo volviese a amar.
Cuando en medio del Océano
arreciaba el huracán,
y como corcho ligero
hacía el buque flotar,
empujándole a las nubes,
o en rauda velocidad,
descendiendo como un cuerpo
que va su centro a buscar;
cuando amarrado a la caña,
dando proa al vendaval,
sintiendo crugir los mástiles
suelta mi melena atrás,
a merced de la borrasca,
me veíais luchar audaz
contra el inmenso gigante
que se afana en remedar
con sus salvajes mugidos
la voz de la eternidad
entre las saladas olas,
entre las algas del mar
venir sentía la aroma
de su aliento celestial,
y jamás con su recuerdo
me impuso la tempestad
DIEGO ¡Bien, Capitán! Hoy comprendo
que merecéis mi amistad.
CAPIT. Con la mía a todo trapo,
sabéis que podéis contar.
DIEGO Me dijísteis que en América
vuestro padre, al espirar,
dejó un crédito pendiente....
CAPIT. ¡Toma! ¿Quién se acuerda ya?
DIEGO Contra la casa quebrada
de don Pedro Sandoval.
CAPIT. Sí; pero ese crédito era
cosa de poca entidad.
DIEGO ¿Queréis venderme ese crédito
al contado?
CAPIT. ¿Os chanceáis?
DIEGO No, a fe mía, que en él pienso
ciento por ciento ganar;

os ofrezco diez mil duros.
CAPIT. Si no asciende a la mitad...
DIEGO Tanto mejor para vos.
CAPIT. Corriente, como queráis ;
pero yo creo, don Diego,
vuestra idea adivinar ;
y no quiero que gravosa
pueda seros mi amistad.
Vos me ofrecéis la fortuna
y yo la qiuero ganar ;
agradezco con el alma
el beneficio.
DIEGO No es tal :
es una especulación
que podréis o no aceptar,
y os lo propongo, porque
me tiene cuenta y no más.
Queréis que fuese tan loco
que tirara mi caudal
sin ton ni son? Por mi vida,
muy pródigo me juzgáis.
CAPIT. Enhorabuena, don Diego :
si me decís la verdad
acepto vuestra propuesta ;
pero si vos me engañáis,
con vuestra noble mentira
hacéis mi felicidad.
¿Cuándo queréis el traspaso?
DIEGO Tan pronto como podáis ;
y Juan en letras corrientes
la suma os entregará.
(Váse el Capitán.)
¿Por qué ha de tardar dos años,
si antes del plazo, quizás,
un desengaño pudiera
su existencia envenenar?

ESCENA IV

DON DIEGO *y* JUAN

JUAN ¿Señor, queréis darme audiencia?
DIEGO Vamos ; ¿qué quieres?
JUAN Yo quiero
muchas cosas. Lo primero

estar en vuestra presencia ;
luego que hagáis el favor
de decirme a mí el por qué
os batís.

DIEGO — Juan, déjame :
porque estoy de mal humor.

JUAN — Es qu eno hay paz para mí
cuando no la hay para vos.

DIEGO — ¡ Bien, hombre ! ¡ Vete con Dios !

JUAN — ¿ Sí? ¡ Pués no me voy de aquí !

DIEGO — Atrevido.

JUAN — *(Ap.)* ¡ Ay, qué apuro !

DIEGO — Sal al punto. *(Juan se va llorando.)*
Espera, Juan :
cuando vuelva el Capitán,
le entregarás diez mil duros
Mira, dentro de este pliego
va mi fortuna, y que sea
tuya deseo.

JUAN — *(Ap.)* ¡ Qué idea !
Y qué más queréis, don Diego?

DIEGO — Que a América partas hoy,
porque me conviene así,
y cuando llegues allí
serás muy rico.

JUAN — No voy.
Que penséis es menester
que uno se va haciendo viejo ;
¿ no veéis, señor, que si os dejo
quizás ya no os vuelva a ver?

DIEGO — Es que tomé ya el pasaje
para tí.

JUAN — Cómo queráis ;
aún cuando me despidáis
no me pongo hoy en viaje.

DIEGO — ¿ Sabes que tengo ya antojos
de echarte?

JUAN — *(Con grave intención.)* ¡ Conversación !
Si yo os leo la intención
en lo blanco de los ojos.
Vos me queréis engañar
porque soy un pobre diablo,
pero de veras os hablo ;
hoy mismo me arrojo al mar
si me dejáis.

DIEGO Y los lazos
que debes a mi favor?

JUAN Pero si vos... ¡ Ah, señor !...
(Prorrumpe en llanto.)

DIEGO Ven acá, dame los brazos.

JUAN Estáis bebiendo la copa
de la hiel por culpa de otros.
Vámonos, para nosotros
es el infierno la Europa.

DIEGO Imposible.

JUAN No, por cierto.
Procurad rasgar la venda.

DIEGO Cualquier camino que emprenda
me conducirá a un desierto.

JUAN Entonces me quedaré ;
vuestro paso he de seguir,
y si ese hombre os llega a herir,
juro que le mataré.

DIEGO ¡ Ay de tí, Juan ! ¡ Ay de tí
si nutres tal pensamiento !
¡ Maldijera yo el momento
que tus cadenas rompí !

JUAN ¡ Le respetaré, señor !

DIEGO No harás más que tu deber,
a menos que quieras ser
indigno de mi favor.

JUAN ¡ Ah, no ! porque si algún día
me falta vuestra presencia,
sabréis que vuestra existencia
era el jugo de la mía

DIEGO A males que el cielo da
se ha de inclinar la cerviz.
Juan, tú puedes ser felíz,
yo no puedo serlo ya. *(Váse.)*

ESCENA V

JUAN *solo.*

JUAN ¿ Qué pago a su amor, qué pago !
¿ Pero quién diablos creyera
que el amor hacer pudiera
en un alma tal estrago?
No comprendo, no transijo,
cómo viéndome tan fiel...

Yo que teniéndole a él
ya no me acuerdo de mi hijo:
yo, que tengo el alma llena
de este cariño entrañable,
y no puedo miserable,
ni hacerle olvidar su pena.

ESCENA VI

EL MARQUÉS *y* JUAN

MARQ. ¿Don Diego?
JUAN En su cuarto está.
MARQ. Anda y dile que le espero.
JUAN ¿Y quién diré?
MARQ. Un caballero.
JUAN *(Ap.)* Algún demonio será.
MARQ. ¿No vas?
JUAN Ya voy.
MARQ. ¿Pues qué dudas?
JUAN Tenga un poco de paciencia.
MARQ. Dí que es asunto de urgencia.
JUAN *(Ap.)* Este debe ser el Judas.

ESCENA VII

DON DIEGO *y* EL MARQUÉS

DIEGO ¿Vos aquí, Marqués?
MARQ. Advierto
que os sorprende mi visita;
quedamos para una cita
y ya es hora.
DIEGO *(Sacando el reloj.)* No por cierto:
si adelantarla pensáis,
no hallo en ello inconveniente.
MARQ. ¿Tenéis mi daño presente,
y de mi prisa dudáis?
DIEGO No os ofusquéis, pese a tal;
yo arriesgar la vida puedo,
y si al náufrago la cedo,
no se la cedo al rival.
MARQ. Yo cuento con vos, don Diego,
para matar o morir.
DIEGO Si vos no os podéis batir.

MARQ. ¿Por qué no?
DIEGO Porque estáis ciego.
Tenéis celos, vive Dios,
y a fe mía, yo no sé
de qué los tenéis.
MARQ. ¿De qué?
De que os ama sólo a vos:
de que un llanto sorprendí
que el alma mía halagaba
y la pérfida lloraba,
y no lloraba por mí.
De que mi alma se exalta
en frenética ambición;
porque quiero un corazón,
y ese corazón me falta.
De que esa mujer querida,
cuyo amor me desespera,
cuando la tuve nada era,
y hoy que la pierdo es mi vida.
De que en medio del furor
que ha ahogado mi esperanza,
no acierto a encontrar venganza
tan grande como mi amor.
De que el cielo os arrojó
entre nuestras almas juntas
como un puñal de dos puntas
que estáis entre Lola y yo
DIEGO Marqués, por vuestro camino
me obligásteis a pasar.
¿Por qué si queréis luchar
no lucháis con el destino?
¿Si es adversa vuestra estrella,
es acaso culpa mía?
Vos no sabéis todavía
lo que sufro yo por ella.
MARQ. ¿De veras? Feliz me siento:
no es mi suerte tan cruel,
al saborear la hiel
que rebosa vuestro acento.
¡Cuál me halaga ese furor
que en la venganza os empeña!
DIEGO Tenéis el alma pequeña
para comprender mi amor,
Cuando por ella he vivido,
amándola tanto y tanto,

¿creéis que me halaga el llanto
de la mujer que he querido?
Y hoy, que la desgracia agota
su hiel en ella afligida,
diera con placer la vida
para ahorrarle una gota.

MARQ. Bien puede el favorecido
ser generoso cuál vos.

DIEGO Marqués, no arrastréis, por Dios,
la dignidad de marido:
ni me pongáis en aprieto,
porque os juro por mi fé
que ni de vos sufriré
que le faltéis el respeto

MARQ. Don Diego, así os quiero ver,
y ahorremos disgresiones.

DIEGO Marqués, vos juzgáis pasiones
que no podéis comprender.

MARQ. Vamos, pues.

DIEGO Será mejor,
ya que en ello os empeñáis:
más ver como la tratáis.

MARQ. Es mi mujer.

DIEGO Es mi amor;
pero este amor que os revelo,
que hondo aquí dentro se encierra.
irá sin tocar la tierra
de mi corazón al cielo.
Partamos.

MARQ. *(Ap.)* ¿Qué hay en su acento
que así domina mi brío?
¿cabe en un hombre, Dios mío,
tan inmenso sentimiento?
Oíd, don Diego: un camino
seguimos por nuestro mal,
en que somos cada cual
la barrera del destino.
Un sentimiento profundo
a mí me impele y a vos;
ya véis que uno de los dos
está de más en el mundo;
para forzar la barrera
se debe abrir una tumba,
y después que uno sucumba
haga el otro lo que quiera.

DIEGO (*Ap.*) También es él desgraciado.
¿Y por qué os queréis batir?
MARQ. Porque vale más morir
que vivir desesperado.
DIEGO (*Ap.*) Mi vida le abandonara
si la paz le devolviera.
Aún seréis feliz.
MARQ. Quimera;
hay ya un mar que nos separa.
DIEGO ¿Conque persistís, Montero,
en obligarme a batir?
MARQ. Quiero matar o morir.
y no sé lo que prefiero.
DIEGO Lo siento por vos, amigo,
y de mala gana voy;
puedo aseguraros que hoy
la fortuna va conmigo.

ESCENA VIII

JUAN *solo, viendo salir a Diego*

JUAN Se va, Dios mío, se va
y no quiere que le siga.
¡Ay, el cielo le bendiga!
Dios sabe si volverá.
Si de un alma agradecida
llega la plegaria al cielo,
protegedle en ese duelo
tomando en cambio mi vida.
Y aunque pida un disparate,
Dios mío, oíd mi oración;
que no tenga compasión:
¡que le mate!... ¡que le mate!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón de la Marquesa, con ventana a la izquierda. Esta aparece vestida de bata blanca, en completo negligé, profundamente abatida, sentada en un sillón, y apoyado el codo en una mesa.

ESCENA PRIMERA

JUANA *y* LOLA

JUANA *(Ap.)* ¡Cuán profunda es la amargura
del dolor que la amilana!
¿Queréis algo?

LOLA Gracias, Juana.
Me abrasa la calentura;
resignada ya mi suerte,
pronto cabará el sufrir;
el dolor me hará morir
si el Marqués no me da muerte.
Si Enrique de una estocada
mata a Diego en sus enojos,
seré de Enrique a los ojos
una mujer deshonrada;
y del generoso Diego
la noble sangre vertida
irá quemando mi vida
como un bautismo de fuego;
y si sucumbe el Marqués...
¡Ay! mi corazón desmaya;
por donde quiera que vaya,
veré su sombra a mis pies.
Madre del hijo de Dios,

Madre también sin ventura
socorred a esta criatura
sin más amparo que vos.
Fuente de paz y consuelo,
doleos de mi quebranto,
y empapada con mi llanto
suba mi plegaria al cielo.
Me siento con más ahinco.
Cuéntame, Juana: ¿a qué hora
salió Enrique?

JUANA Mi señora,
a poco más de las cinco.

LOLA ¿Con sus armas?

JUANA Sí, señora,
las metió dentro del coche,
y estuvo escribiendo anoche
en su cuarto hasta deshora.

LOLA ¿Qué hora es?

JUANA Cerca las nueve.

LOLA Ese reloj me asesina
con la frialdad paulatina
con que la péndola mueve.
(Se oye un ruido de un coche.)

JUANA Señora, abajo en la entrada
paró el coche del Marqués.

LOLA Anda, vé y mira quién es.
No... no me digas nada.

ESCENA II

LA MARQUESA *y el* MARQUÉS

Entra el Marqués, pálido, floja la corbata y con un papel en la mano. En el momento de entrar hace seña a Juana para que despeje

MARQ. Las particiones, Marquesa,
os dejo en este papel,
y parto.

LOLA ¡Ay, Dios! ¡Cuánta hiel
sobre mi destino pesa! *(Llorando.)*
Ya que me dejáis así,
decidme... ¿en el desafío...
murió?

MARQ. No.

LOLA Gracias, Dios mío;
no caiga su sangre en mí.

MARQ. Me ha vencido y me ha humillado;
se batió impasible y seco,
y cual si fuera un muñeco
dos veces me ha desarmado.
Me cansé de suplicar
que atravesara mi pecho,
y hasta la afrenta me ha hecho
de no quererme matar.
Yo que anhelaba su muerte
a todo trance, o la mía,
le propuse si quería
jugar la vida a la suerte.
«Con una condición sola
os acepto la partida,
dijo: si os gano la vida
partiréis lejos de Lola...»
—Eso sin duda será
para seguir vos su huella...
—«Si yo la quisiera a ella
¿no os hubiera muerto ya?
Hoy seriais inhumano,
y no puedo tolerar,
que nadie la haga llorar
mientras vida haya en mi mano.
¿Acomoda el pacto?—Sí:»
el dado cogí y tiré;
hice cinco, respiré;
y de horror me estremecí.
—«Con buen punto perderéis,
me contestó friamente:
cogió el dado indiferente,
tiró al azar... ¡hizo seis!
—«Gané, dijo, y a marchar
vais pronto lejos de Lola:
dejadla algún tiempo sola
que pueda libre llorar.»
La deuda que he contraído,
le dije, os será pagada.
—«Ved que no os exijo nada
y podéis darla al olvido.
Comprendo sea alma sentida,
y os juro que me pesara
que vuestra sangre amargara

lo que me queda de vida:
y a quien vuestra esposa ha sido
no le dejéis por herencia
que destroce su conciencia
la muerte de su marido.»

LOLA Plugiera Dios que viniera
y la vida me arrancara.
Si ese hombre me asesinara
¡ay! menos daño me hiciera.

MARQ. Bajo estrella de bonanza
habéis nacido, señora,
pues ni aún me queda ahora
el placer de la venganza.

LOLA Siento que el enojo ceje
si culpable me juzgáis;
cumplidla como queráis
y no temáis que me queje.

MARQ. La suerte no lo ha querido:
yo respetaros juré,
y cuando empeño mi fe,
que nací noble no olvido.
Más vale así, pues por Dios,
que se han de reir de mí
al saber que me batí
por una mujer cual vos.

LOLA *(Levantándose con dignidad.)*
Ya que son de vos ajenos
sentimientos de ternura,
si insultáis mi desventura
no me rebajéis al menos.
Hacer del sarcasmo alarde
con tan débil enemigo,
perdonad, Marqués, si os digo
que es una acción de cobarde.

MARQ. *(Con ironía.)*
Sin pensar os ofendí;
mas no acierto a adivinar
cómo se os ha de tratar.
¿No os trataba Diego así?

LOLA Desgarrar con tanta saña
no sabe hacerlo, Marqués:
aquella alma noble no es
capaz de tan vil hazaña.
Y al comparar a los dos,
vos mismo me habéis probado,

que el hombre que os ha humillado
vale mucho más que vos.

MARQ. Creí que el ser vuestro esposo
la queja me permitía...
Menos sensible os creía...

LOLA Y yo a vos más generoso:
si antes del duelo o después,
creyendo que os he faltado,
me hubierais asesinado,
os perdonara, Marqués.
Yo vuestro golpe mortal
esperaría sin duelos,
porque vería los celos
en la punta del puñal.
Pero perdonaros yo
¡cuando mi honra escarnecéis!
Matarme, Enrique, podréis.
pero deshonrarme, no.

MARQ. *(Ap.)* ¡Ah! no es culpable, no lo es
quien así en su honor adora.
¡Me alejo de vos, señora!

LOLA El cielo os guíe, Marqués.

MARQ. El también a vos os guarde,
y que olvidéis, Lola, os pido,
lo mal que os he comprendido.

LOLA Lo habéis conocido tarde.

ESCENA III

LOLA, *sola*

LOLA ¡Qué pobre y qué mezquino se ha mostrado!
Mi alma hirió con un botón de fuego
cuando su corazón ha colocado
junto al gigante corazón de Diego.
Alma de hiena, que tan sólo intenta
su víctima roer crudo y rehacio,
mientras el otro en su amargura ostenta
un alma más inmensa que el espacio.
¿Qué valgo yo, desconocida fuente,
que sólo vierte el agua gota a gota,
ante el ancho raudal de aquel torrente
que me anonada en su grandeza ignota?
Tienda do quiera el alma mía el vuelo,
allí su genio colosal asoma;

árbol que toca con su copa al cielo
y llena al mundo de su inmenso aroma.
¡Y él fué a jugar su corazón sereno,
impávido, al azar de una pistola,
un corazón donde vertió el veneno
la imperdonable ingratitud de Lola.
Y sin cuidar del plomo que se lo abra,
la idea de mis lágrimas le arredra:
si no morí al oir esa palabra
debo tener el corazón de piedra.

ESCENA IV

LOLA *y una* CRIADA

CRIADA Señora, ¿si dáis licencia?
LOLA ¿Qué queréis?
CRIADA El negro Juan
pidiendo está con afán
llegar a vuestra presencia:
dice que trae una carta
y una caja para vos.
LOLA Que pase adelante... ¡Ay, Dios!
si será que Diego parta.

ESCENA V

JUAN *y* LOLA. *El primero trae una caja y una carta, que sacará del bolsillo, y colocando la caja sobre la mesa, entrega aquélla a la Marquesa*

LOLA ¿Quedó Diego en la posada?
JUAN *(Conmovido.)*
Me mandó cerrar el pico:
y así, señora, os suplico
que no me preguntéis nada.
«Anda, dijo, este recado
a la Marquesa a llevar.»
—Señor, ¿me han de contestar?
—«No, que está ya contestado.»
Vine volando al momento:
me encargó ser muy conciso
y así, con vuestro permiso,
lo traigo, cumplo y me ausento.
LOLA *(Deteniéndole.)*
Si alguno matara a tu amo

a traición y sangre fría,
¿qué hicieras?

JUAN Le mataría.

LOLA Pues tu venganza reclamo.
Yo le he sido desleal:
yo he tronchado su esperanza.

JUAN A vos, señora, no alcanza
mi lazo ni mi puñal.
Si habéis cubierto de duelo
un corazón que os adora,
del mal que hicistéis, señora,
cuenta le daréis al cielo.
Yo soy al amo muy fiel:
le sirvo como él merece:
aborrezco si aborrece,
y adoro lo que adora él.
No me habría de mandar
si él quisiera ver si mato:
a perro de buen olfato
le sobra con señalar.

LOLA Si es que una gracia merezca
quien tan mal le ha comprendido,
un postrer favor le pido:
dile que no me aborrezca.
Que nada me queda ya;
y cuando él quiera que muera,
cuanto más hondo me hiera
más mi gratitud será.
Que por compasión le pido
se vengue de cualquier modo;
me resigno a todo, a todo,
a todo, mas no a su olvido. *(Vase Juan.)*

ESCENA VI

LOLA, *sola*

LOLA Me conmueve el hablar de él
y estremecida me quedo;
no sé por qué, tengo miedo
de leer este papel.
Acabemos; hoy se agota
el cáliz, a no dudarlo:
corazón, has de apurarlo

hasta la postrera gota. *(Coge la carta y lee.)*
«¿Querrá el cielo que el alma adolorida
del mártir y olvidado peregrino
la senda apure de la triste vida
sin ángel que la guíe en su camino?
Cuando del porvenir mi vista alcanza
sin color y sin luz mirando quedo:
desde que ha muerto el sol de la esperanza
mi pobre corazón dice ¡*no puedo*!
En los bosques de América, de aloe
una caja me dieron, os la envío;
es de un tronco que el tiempo no corroe,
emblema fiel del pensamiento mío;
guarda una flor que vuestra mano bella
puso en las mías en dichoso día;
y atrás perdida, en lejana huella,
van su perfume y la esperanza mía.
Si vuestra mano, trémula y helada,
tiembla al abrirla, de pavor transida,
no lo extrañéis, será mi fe guardada
que acusa muda vuestra fe perdida.
El brazo desarmé de vuestro esposo,
porque quizás os creyera mancillada
también os ama; al conyugal reposo
sobre una vida de sufrir cansada.
Desde el postrer confin a vos, querida,
se vuelve el alma en amoroso anhelo,
y entera y satisfecha en la partida
va a presentarse con su amor al cielo.»
¡Dios mío! ¡Dios de Israel!
Tú que amparas a los buenos,
detenle un momento al menos
para que muera con él.
(Se dirige a la puerta para salir y oye la voz del Marqués.)

MARQ. *(Desde dentro.)*
Lola, Lola.

ESCENA VII

EL MARQUÉS y LOLA

LOLA Es el Marqués.
Dios eterno, ¿a qué vendrá?

MARQ. Perdonadme, esposa, ya
volver puedo a vuestros pies.

LOLA *(Con desesperada ansiedad.)*
¿Qué queréis?

MARQ. Para la mar
salía con mi dolor,
lleno el corazón de amor
vuestro acento al escuchar.
Al muelle apenas salí
cuando vi temblando a Juan,
lleno de angustia y de afán
venirse corriendo a mí:
¿Qué hay?, dije.—«Prestadme ayuda
el amo me ha despedido,
y mirad, me ha enriquecido.
¡Ay, se va a matar sin duda!»
A su cuarto corrí al punto,
y hallé a don Diego escribiendo,
las lágrimas comprimiendo,
pálido como un difunto.
Al verme, tomó cortés
su natural desenfado,
y me dijo con agrado:
«¡Hola! ¿A qué venís, Marqués?»
No sabiendo qué decir
a tan natural salida,
dije que a mi despedida,
pues iba luego a partir.
«También yo dentro de muy poco.»
¿Queréis que salgamos juntos?
—«Vamos a distintos puntos,
y mi viaje es el de un loco.»
Me estremeció, Lola mía,
aquella frente angustiada,
porque había en su mirada
un presagio de agonía.
Pues bien: una gracia sola
pediros antes quisiera,
dije: por la vez postrera
os habla, llorando, Lola.
Y ahogado del sentimiento
y arrasadas las mejillas,
¡ay! le rogué de rodillas,
y el cielo inspiró mi acento.
Con el alma enternecida

ante ese gran corazón,
yo os pido vuestro perdón:
Lola os pide vuestra vida.
(Expansión de esperanza en Lola.)
No pude acabar... en cuanto
mis palabras fenecieron
sus ojos se convirtieron
en dos raudales de llanto.
«Marqués: hacedla dichosa
cuando yo soy desgraciado,
y os juro que equivocado
juzgásteis a vuestra esposa.»
Llamó a Juan, y a la fragata
mandó llevar su equipaje,
que va a emprender el viaje
para el Río de la Plata.
(Lola cae sin fuerzas en el sillón.)
Lola, muerta ya la ira,
he inclinado mi cabeza
ante su inmensa grandeza,
que os lo confieso, me admira.
Si en vuestro pecho, señora,
hoy queda una amarga huella,
sé que un alma como aquella
quien la comprende la llora.
Perdonad a vuestro esposo
si os desconoció un momento:
no os comprendí; sólo siento
que me venció a generoso.
Y si alcanzar no consigo
vuestro amor, que vale tanto,
de hoy más caerá vuestro llanto
en los brazos de un amigo.
¿Hice bien, querida esposa?

LOLA Sí, Enrique, esta sola acción
(Alargando la mano al Marqués.)
os vuelve mi estimación.
Tenéis alma generosa.
Mas si una lágrima mía
veis que en la mejilla arde,
cuando en alas de la tarde
se vaya alejando el día,
para un alma lacerada
pediré gracia a los cielos:

Enrique, no tengáis celos;
es una deuda sagrada.

MARQ. Dad libre rienda al lamento,
señora... yo no confundo
los extravíos del mundo
con un justo sentimiento:
y esas lágrimas de duelo
no las tengáis comprimidas;
yo sé, Lola, que hay heridas
que sólo las cura el cielo.

LOLA Enrique, yo no os creía
tan bueno.

MARQ. Basta, señora.
Dejad que concluya ahora,
pues hice más todavía;
y fué el rogarle por vos,
que antes nos viniera a ver,
para tener el placer
de darle el último adiós.
Y venir me prometió.

LOLA *(Con ansiedad.)*
¿Creéis que lo cumplirá?

MARQ. Sin duda; miradlo ya.
(Volviéndose hacia la puerta.)

LOLA Dios mi plegaria acogió.

ESCENA VIII

Dichos y DON DIEGO *sumamente desfigurado*

DIEGO Señora, pronto a partir
para climas muy distantes,
he querido venir antes
vuestro adiós a recibir.

LOLA *(Con ternura, procurando dominar el llanto.)*
Comprendo que hay corazones
que laten, pero hechos trizas.
¿Qué os queda a vos?

DIEGO Las cenizas
de mis muertas ilusiones.

LOLA ¿Y en dónde hallaréis consuelo
que endulce vuestra existencia?

DIEGO Solamente en mi conciencia
y en la esperanza del cielo.

ESCENA ULTIMA

Dichos y JUAN

JUAN (*Al llegar al lado de Diego.*)
Mi amo, zarpan.
(*Don Diego permanece un momento perplejo y alarga la mano izquierda a Lola. En el momento de estrecharla, vacilan sus fuerzas: se desprende y arroja en los brazos del Marqués, y tendiendo luego el brazo derecho sobre el hombro de Juan, parte precipitadamente.*)

LOLA (*Viéndole salir.*) ¡La raíz
me arranca del corazón!

MARQ. ¡Qué grande es su aflicción!
(*Se oye un cañonazo y cae Lola de rodillas levantando las manos al cielo.*)

LOLA ¡Dios mío, hacedle feliz!

FIN DEL DRAMA

